

PANEGÍRICO

DE SAN FRANCISCO DE SALES, OBISPO.

Mensus est murum ejus... mensura hominis, quæ est angeli.

Midió la muralla con medida de hombre, que era la de ángel.

(APOC. XXI, 17.)

No una santidad singularmente agobiada con el peso de duras pruebas y de terribles penitencias; no una santidad noblemente gloriosa y llena de extraordinarios sucesos y milagros superiores á la comun inteligencia, sinó una santidad humilde, mansa, modesta, y casi puede decirse comun y ordinaria, es, amados hermanos, la que vengo á referir y celebrar al haceros en este dia el elogio del gloriosísimo S. Francisco de Sales. Con todo, por comun y ordinaria que parezca semejante santidad, es, sin embargo, grande, magnífica y verdaderamente admirable en si misma. Cual rio profundo, que sin enfurecerse con rudos choques contra sus puentes, con majestuoso paso camina siempre apacible por sus anchas orillas, y satisfecho por la fecundidad que dispensa, llega con calma al mar, tal es, hermanos míos, la santidad modesta á un tiempo y grandiosa de Francisco. Una santidad por lo tanto que se oculta y brilla, que se cree de simple hombre, y es, propiamente, de ángel, parece con razon, que marcada venia en aquella medida con que el extático de Patmos vió medir la celestial Jerusalén, que era medida de hombre y al mismo tiempo de ángel. Aquí es, por lo mismo, donde me fundo, carísimos hermanos, donde pienso fijarme para medir la grandeza de la santidad de S. Francisco de Sales. Por su modestia puede ser considerada como la santidad propia de un hombre; pero no hay duda que se eleva hasta igualarse con la más conspicua de los ángeles más sublimes que reinan en el Cielo; y digo de los más sublimes, en consideracion á que luchar en defensa del honor de Dios, proveer á la sa-

lud de las almas, y servir de confortativo á los espiritus débiles y atribulados, son misiones dignas de un Miguel, de un Rafael, de un Gabriel, y todas, cabalmente, supo desempeñarlas Francisco con su santidad tan modesta. Sustentó el honor de Dios, defendiendo la causa de la fé contra los herejes, apareciendo en esto revestido del espíritu de Miguel. Curó las llagas de las almas, encaminándolas suavemente por la senda de la salud, dando muestras de un corazon cual el de Rafael. Fué apoyo y sustento de los fieles débiles y agitados, ostentando en ello la fortaleza de Gabriel. En una palabra, se presentó Francisco como un compendio de todos los méritos y caracteres de los ángeles más excelsos. Antes de probarlo pidamos los auxilios de la gracia; acudiendo á la intercesion de la Santísima Virgen: A. M.

Combatir en defensa del honor de Dios por la verdad es empresa muy noble y verdaderamente digna de un arcángel. Francisco de Sales, desde sus mas tiernos años, oía las conversaciones con que sus piadosos padres lamentaban la prevaricacion de aquellos países que se habian separado de la Iglesia de Jesucristo. Sabia tambien por tradicion, y por interesantes historias que se le referian, que la herejia de Calvino, así como en Francia se enseñoreára de la Rochela, se habia asilado y hecho fuerte dentro de los muros de Ginebra, su pátria, en la Saboya, y que desde allí contaminaba con su letal aliento las vecinas comarcas. Lastimaban con frecuencia sus oidos la profanacion de los sagrados templos, la destruccion de augustos altares, el destierro de venerandos ministros, la contumacia, los errores, las blasfemias, los escándalos, y, en fin, todo lo que impulsa á menospreciar la divina fé y la piedad cristiana; y así como el eminente arcángel S. Miguel fué tocado de la prevaricacion de los ángeles impíos, de igual suerte penetró en el alma cándida de Francisco el celo por la honra de Dios; y del todo indignado, prometió desde entónces vengar los desacatos perpetrados contra Dios y contra su Evangelio. Vedle consagrarse por completo á Dios, mediante ejercicios y prácticas de la más sólida piedad. A medida que vá creciendo, parece crecer solo para su Dios; al trasladarse á las universidades de Paris y de Pavia, no le anima otra mira más que la de conquistar armas para combatir contra los enemigos de su Dios; al emprender sus viajes á Loreto y á Roma, solo se empeña en inflamarse más y más en el amor hácia su Dios. Concluidos los estudios vuelve á su afligida pátria, y se presenta al santo obispo Granieri, lleno de tanto fervor, que al verle, al oírle, no pudo ménos el venerable pre-

lado de exclamar: Hé aquí el reparador de las desgracias de mi Iglesia; hé aquí mi benemérito sucesor. Trató el mundo de poner algunas trabas á su vocacion, ascendiéndole á espléndidas dignidades seculares; pero estaba liarto poseído de Dios su corazon para detenerse ante semejantes barreras. Hélo ya á los piés del santo prelado, que lo afilia en la clerical milicia: bien pronto fué elevado al grado de sacerdote, luego condecorado con el título de preboste de la iglesia de Amcey, por unánime asentimiento del clero y del pueblo; y por último, nombrado vicario general de toda la diócesis. Si tanto era su celo por la gloria de Dios, cuando pertenecía todavía al estado seglar, figuraos, hermanos míos, cuál no sería así que se vió transformado en ministro del Altísimo y llamado á presidir en su santa Casa. Ya le veo alzarse gigante á recorrer su camino; ya veo brillar en su frente todo el fuego de un arcángel; ya le veo desenvainar la espada invencible... Ya nos hallamos, hermanos míos, admirando á Francisco, por actualidad de conflicto, como insigne imitador del gran Miguel.

He dicho, que blandia la ardiente ó invencible espada; pero ¿de qué espada os figurais que hago mención carísimos hermanos? No de una espada que hiere y mata crudamente, sino de una espada de amor que lucha y triunfa. Ni otra espada sino la templada en la frágua de la dulzura y de la más sincera caridad convenia para conquistar el espíritu y el corazon de aquella gente rebelada. Francisco les invitaba con cariño á hablar sobre la religion, y evitando con cautela todo género de controversia, les atraía y convidaba al amor de Dios y al cuidado de la salvacion de sus almas. Una gracia natural acompañaba sus palabras, y una sobrehumana dulzura brotaba como saludable bálsamo de su conversacion amena. Estudiaba el modo de conquistar el corazon de sus hermanos, ántes que su espíritu; y mientras tanto se apoderaba por completo del espíritu y del corazon. Pasmábanse los propios herejes al verse, sin saber cómo, expugnados, persuadidos y convictos, y luego se regocijaban de haberlo sido por mano de un adversario tan dulce como piadoso. Con todos era cortés y atento para atraerlos poco á poco á Jesucristo; y esto respecto á los sujetos de distincion y categoría ó á los eminentes literatos, pues muy distintos argumentos empleaba con las personas humildes, faltas de instruccion y cultura.

Éstas le veian continuamente imponerse mil privaciones, y lanzarse á grandes fatigas únicamente por amor de la salvacion de sus almas. Las más altas cumbres, los más rápidos torrentes, los más apartados caminos, las más crudas noches, los soles más ardorosos, el

viento, la nieve, la lluvia, la tempestad, todo lo arrostraba, todo lo despreciaba cuando se trataba de la salvacion de las almas. Aparecer le veian por las colinas más ásperas, penetrar en las habitaciones rendido, hambriento; y siempre alegre, siempre contento, siempre ufano de sus conquistas. Admirados le oian agradecerles su pobre trato, alabarles su candor, acariciar á sus chiquillos, compadecer su situacion, tomar con empeño el alivio de su pobreza; y con estos discursos de piedad puramente humana, mezclaba insinuantes palabras sobre Dios, el divino amor, la vida eterna y el Paraíso. A los discursos y conversaciones salidas del corazon de Francisco, contestaban lágrimas de tierna gratitud de aquellas gentes, al verse tratadas con tanto cariño, y con tanta dulzura hácia Dios reconducidos; y lágrimas de consuelo asomaban también á los ojos del Santo por la adquisicion de aquellas almas; y entonces, juntos y mezclados, corrían el llanto del pastor y el de la oveja. ¡Oh dulzura de Francisco siempre triunfante! Y ¿quién podía resistirla? Así sujetó al seno y á la obediencia de la Iglesia á tres baillios y á todo el distrito de Chablais; así conquistó para la verdadera fé á más de setenta mil herejes; así se dieron por vencidos muchos altos jefes del protestantismo; así fué que el cardinal de Perron no tuvo reparo en decir: Que si bien él se consideraba con el ánimo y valor suficiente para convencer herejes, empero la habilidad y gracia para convertirlos pertenecía exclusivamente á la victoriosa dulzura de Francisco. ¡Oh espada siempre invencible! ¡oh dulzura! Con todo, no basta: es necesario, así como en el arcángel S. Miguel, hermanarla con la firmeza, simbolizada en los piés armados de resistente bronce para completar en todos conceptos la victoria.

Con efecto; para desvirtuar las amables maneras y la inexplicable dulzura de Francisco, no faltan hombres inicuos y disputadores, que se proponen contrariar sus designios; pero él les opone la más constante firmeza. Se anticipan los ministros calvinistas á impedirle el ejercicio de su apostolado en Tonon; pero Francisco ni desmayó por esto: sufre con paciencia, y con valor se prepara. Es rechazado, y vuelve; se le insulta, y calla; es atropellado, y prosigue en su ejercicio. Se le pinta como sospechoso ánte la corte; se le amenaza; y hasta de hecho fué asaltado á mano armada: se pretende envenenarle, y llega aún á tragar la mortífera pócima; pero permanece firme, siempre firme en su propósito. Hace presente al duque de Saboya la rectitud de su conducta y las necesidades extremas de aquella Iglesia, y logra convencerle, y aún lo empeña en un eficaz remedio. No se inmuta al aspecto de las armas y de la muerta, y desarma con firme

valor á sus mismos asesinos: bebe con resolucion el veneno, pero quiere ver su mision cumplida. Clemente VIII lo envia á Ginebra para hacer frente á Teodoro Beza, heresiarca el más inicuo: Francisco acepta el arriesgado cargo, parte á medirse con el monstruo, y consigue cuando ménos commoverlo y confundirlo. Llamado á ocupar la silla episcopal por muerte de Granieri, se ve obligado á interrumpir el curso de su mision; y desde la lucha con los herejes es llamado á apacentar las almas obedientes y fieles, y á conducirlos por la feliz senda de la salvacion. Nuevo campo, amados hermanos; hélo aquí desde las fuertes ó ingratas pruebas de emulacion con un guerrero como Miguel; hélo aquí pacífico consagrarse á los cuidados de un Rafael piadoso, sirviendo á las almas de fiel guía y amoroso médico.

¿Quién es, amados hermanos, ese bello jóven, que con disfráz de peregrino se presenta en casa del afligido Tobías, y se brinda al hijo para guía y compañero en su dificultoso viaje? Es el gran Rafael, el arcángel de la salud. Pues bien: Francisco de Sales será para muchos el ángel de la salud. Ya su corazon se halla dispuesto en toda clase de virtudes. Nada digo de aquel candor virginal, que desde sus más tiernos años consagró á María, y que, deponiéndolo en sus manos, guardó siempre sin manilla aún en medio de las más peligrosas pruebas. Nada diré tampoco de aquella maravillosa mansedumbre ó incontrastable paciencia, obra de veinte y dos años de virtuosa lucha, y por cuyo medio no podía, no sabia jamás resentirse de cosa alguna, ántes bien gozaba en los desprecios y ultrajes; y como afirmaban sus familiares, cuanto más se le ofendía, mayores eran los beneficios que él devolvía. Pero si os hablaré, hermanos míos, de aquella divina fé que en él aparece convertida en verdadera vision, por cuanto hablaba de los objetos celestiales en tales términos como si los viese con sus propios ojos, como si los tuviera delante; de manera, que los argumentos sobre lo invisible se convertian por él casi en evidencias de cosas visibles y claras. Hablaré tambien de aquella esperanza tan sólida, que en él era igual á la posesion tranquila, entregándose completamente á su Dios con seguro descanso, siempre alegre y contento al cumplir por dó quiera su suprema voluntad, ya contra él se conjurara el mundo, ya se desatara contra él todo el Infierno. Os hablaré en fin, de aquella extraordinaria caridad, que reinaba en él en dulce fruicion é intrínseca union, como que, á manera de serafín, su vida era todo amor y solo respiraba amor. Caridad divina, que brillaba en sus ojos, que inflamaba su lengua, que iluminaba toda su persona, que le impelió á trasportes. ¡Ah! ¿qué llama puede ser

ésta más que aquella en que arden los Santos en el Paraíso! Y á pesar de esto, tan grande era la humildad que amparaba su corazon, que cierto día, sin mencionar otras pruebas, á uno que osó llamarle santo, le contestó al punto: Dios os libre, hermano, Dios os libre de semejante santidad. Adornado con estas virtudes, no hay deber pastoral que deje de cumplir con la exactitud más rígida. Funciones religiosas celebradas con la mayor pompa y lucimiento; sinodos convocados para radicar en el clero la disciplina; ejercicios para instruir á la juventud en la piedad y en las ciencias; frecuentes y repetidas visitas en toda la diócesis para evitar abusos y desórdenes; dilatados viajes personalmente emprendidos en beneficio de su Iglesia; monasterios refundidos; devotas fundaciones; misiones, oratorios, ejercicios...; pero todo esto es poco. Deberais hermanos míos, haberle visto, olvidando su propia dignidad y hasta olvidándose á sí mismo, en cuanto al bien de su grey conducir pudiera, predicar constantemente, catequizar un día y otro día niños y neófitos en sus reuniones; admitir á todas horas penitentes en su confesionario; asistir á los moribundos; calmar los espíritus en sus tribulaciones; instruir, corregir, animar; y todo esto con el mayor celo, devocion, gracia, suavidad y ternura. De ahí el infinito concurso de toda clase de personas, que acudían sin cesar pidiendo su espiritual asistencia. Ancianos, jóvenes, eclesiásticos, seglares, cortesanos, militares, justos y pecadores, todos le buscaban á cada momento, y le cercaban hasta angustiario, hasta oprimirlo, hasta enajenarlo por completo de sí mismo; sin que pudiera ni pensar en su alimento, ni en su descanso, ni en su salud; finalmente, ni en su propia existencia; y él, ardiendo en celo, á nadie se negaba, á todos acogía, á todo se prestaba para conquistar fieles á Jesucristo.

Francisco, no satisfecho con haber dirigido hácia el Paraíso las almas sometidas á su jurisdiccion, no descuida las de otras diócesis, ni se olvida de las generaciones venideras. Pruebas de ello nos ofrecen su devota correspondencia y sus espirituales tratados, dedicada aquella á los ausentes, y dados éstos á luz para eterno y universal beneficio de los venideros. No hay alma dócil y bien dispuesta, que muy pronto no encuentre en sus escritos el medio de unirse á Dios y de procurar su propia salvacion. Sean hombres del siglo ó del claustro, personas de córte ó rudos campesinos, espirituales ó mundanos, libres ó esclavos, á todos enseña acertadamente el camino de la felicidad eterna; senda la más fija y segura por mediar entre la dulzura y el rigor, entre el deber y la indulgencia, entre la misericordia y la verdad, que justamente son las verdaderas y las únicas

vias del Señor; senda admirable, que, entre todos los espirituales maestros, puede afirmarse con certeza, que Francisco fué el primero en recorrer; y que él fué quien, al ejercitar el corazon en el santo amor de Dios, descubrió el verdadero camino para alcanzar el menor ó mayor grado de perfeccion y santidad. ¡Oh ministro benéfico de salud para tu grey, para los ausentes, y aún para los venideros! ¡Oh verdadero Rafael!... Pero menester es, carísimos hermanos, continuar en el principiado empeño, y pintarlo, por último, como apoyo del débil, constituyéndose así en una verdadera representacion de Gabriel.

Si el arcángel Miguel se presentó armado para vindicar la honra de Dios; si Rafael apareció con hábito de peregrino para servir de guía á los hombres por la senda de la salud, ahora se nos muestra el arcángel Gabriel, con la más graciosa y espléndida divisa, para animar las almas pusilánimes, y comunicar apoyo á los oprimidos por graves pesares y calamidades. Este arcángel se apareció á la Virgen Maria, á su contristado esposo, y al desconsolado Daniel; infundió ánimo á aquella, y comunicó especial fuerza y valor á los otros dos en sus respectivas aflicciones. Semejantes efectos trató de imitar nuestro Santo, ya al infundir decision al alma grande de Juana Francisca de Chantal para fundar la célebre Orden de la Visitacion, ya tambien al prestar los más eficaces y oportunos auxilios á toda clase de afligidos. Llena de santo fervor Juana Francisca Fremiot, se sentía angustiada é inquieta al ver el gran número de almas que, ávidas de la perfeccion cristiana, no se hallaban con el suficiente valor para arrostrar la rigidez de una disciplina claustral rigurosa; y Francisco fué quien acudió á animarla en su empresa, mostrándole, que la más exquisita piedad podia muy bien hermanarse con la conveniencia y consideraciones inherentes á la fragilidad humana. Con tal mira, él mismo le trazó una Regla llena de suavidad y discrecion; Regla, que dirige y ayuda, que prescribe y se amolda, que obliga hácia el Cielo, pero siempre con sosiego; Regla, que aman los débiles, admiran los perfectos, y recibe la comun aprobacion de los pueblos.

Parece que el Señor habla regalado á Francisco un corazon como el que á Salomon fué dado; corazon más inmenso que las inmensas arenas de los mares. Por muy grandes que sean las miserias de los hombres, por varias, infinitas, terribles y espantosas que resuenen, para todas vereis á Francisco pronto y dispuesto á acudir con oportuno consuelo y auxilio. Mirad la desnudez, el hambre, la indigencia y la miseria; Francisco echa mano, no solo de todo su dinero, sino tambien de su ajuar doméstico, y aún de sus propias ropas para ali-

viar á los desvalidos. Mirad á tanto huérfano é inválido por falta de miembros, por condicion ó por la edad; y escuadras vereis de mueres, ancianos, niños, ciegos, contrahechos, mudos, que acuden á él diariamente y siempre reciben su cotidiano apoyo y sustento. Mirad los forasteros y peregrinos; vedles por Francisco acogidos en su misma casa, sentados á su misma mesa, sin consentir que se marchen sinó despues de socorridos y confortados. Mirad á los enfermos y débiles; poco es para él visitarlos en sus casas ó en los hospitales, pues no puede ménos de asistirles, proporcionarles cuanto hayan menester, y entregarse con ellos á las más especiales atenciones y cuidados. Mirad los presos y los delinquentes; jamás de ellos se olvida; los consuela con sus visitas, les invita á padecer con resignacion la cárcel por Jesucristo, llora con ellos, con dulzura los anima, y sube con ellos al púlbulo, exhortándoles con sus palabras. Su espíritu consolador no se limita únicamente á los católicos, sinó que se infunde, dilata y extiende hasta con los mismos enemigos de la religion. Aparezcan hebreos, apóstatas, herejes, cismáticos, todos, todos hallarán socorro y consuelo en el corazon de Francisco. Vengan, por fin, sus más conocidos enemigos; ¡oh, con qué amabilidad los acoge! ¡con qué ternura los acaricia! ¡cuántas redes de amor no tiende á sus corazones! ¡cómo los enterrece y los abraza! Y ¿no es ésta por la inmensidad de objetos la inmensurable arena de los mares? Y con la energia y eficacia en las obras, ¿no es éste el corazon mismo de Gabriel destinado por Dios á fortalecer, ayudar y socorrer á los hombres?

Hé aquí, hermanos míos, porque yo indicaba, que aquella santidad, al parecer mediana, comun y ordinaria á primera vista, se nos debía convertir en una santidad colosal, angelical; pues por ella Francisco acopió en sí mismo las prerogativas de los más sublimes entre los angélicos espíritus, cuales son, vigilar por el honor de Dios, encaminar á los hombres por el sendero de la salud, y servirles de fuerte apoyo y ayuda en sus desventuras: Miguel, en el primer caso; Rafael, en el segundo; Gabriel, en el tercero. ¡Ojalá que pueda esta santidad, humilde y sublime á la vez, servir á todos nosotros de claro espejo y ejemplo! Por nuestra desgracia cruzamos tiempos de afliccion, en los cuales los enemigos de la fé se ensorberbeen por todas partes; las más degradantes pasiones nos tienen por completo apartados del camino de la salvacion; y como natural y consiguiente castigo, nos hallamos sumidos y apesados en mil temporales adversidades; pero sea con nosotros el espíritu y el corazon de nuestro Santo, y venceremos fácilmente á todos esos enemigos.

Hacedlo, hacedlo por piedad ¡oh gran Santo! y nuevos himnos de gratitud os serán entonados, y nuevos lauros y homenajes de obsequio, por mejores lenguas que la mía, os serán tributados por ésta bajo todos conceptos verdadera, singular é imponderable santidad vuestra.

PANEGÍRICO
DE SAN FRANCISCO SOLANO.

*Me inculto spectant, ut adducam filios
tuos de longe nomini Domini Sancto Is-
rael.*

Las Islas me están esperando para llevar desde lejos vuestros hijos al santo Dios de Israel.

(ISAI. XL, 9)

Date prisa, Solano, date prisa; déjate ver cuanto antes de una nación afligida que te espera. El Perú suspira por tu llegada, y mientras no te vea pisar su continente, será el objeto de sus deseos, de sus suspiros y de sus lágrimas. La cizaña que sembró el hombre enemigo vá inficionando todo el campo; toma la hoz cortadora, y arranca esa mala yerba antes que sofoque la semilla del Evangelio. Baal ha levantado su trono en esas naciones extranjeras; si no llevas el conocimiento del nombre del santo Dios de Israel á esos pueblos extraviados, perecerán sin duda en las tinieblas de la infidelidad.

Ya había visto el Perú muchos hombres apostólicos, que con el sudor de su rostro y la sangre de sus venas habían postrado y derribado en tierra la soberbia estatua del gentilismo, y enarbolado el estandarte de la fé en las naciones más indómitas y bárbaras. ¿Qué importa? Los países incultos, donde no se había aún oído el nombre de Jesucristo; las naciones rebeldes, donde aún respiraba la idolatría, son el objeto de la compasión del Perú religioso, católico y convertido; y le obligan á suspirar por un hombre habituado á privarse sin pena de los alivios más necesarios, á llevar con paciencia los más intolerables trabajos por enjugar las lágrimas de los infelices, por ocurrir á la necesidad del infiel, por instruir al ignorante, catequizar al rústico y convertir al pecador, sostener al flaco y animar al tibio. Por un hombre, que no se espante ni de las injurias del aire, ni de la incomodidad de los tiempos, ni de la dificultad de los cami-

nos, ni de lo largo de los viajes, ni de la esterilidad de los países, ni de la rudeza de los pueblos, ni de la grandeza de los peligros, ni del terror de las amenazas, ni de la muerte misma con todo su aparato. Por un hombre constante en los trabajos, valeroso en las luchas, pronto á comprar aún á costa de su vida la salud de los pueblos; vigilante, intrépido, santamente atrevido, siempre en acción, sin señalar otro término á sus trabajos que el de su vida. En una palabra: un hombre que sea por su celo digno sucesor de los apóstoles. Tal es el hombre que desean los pueblos americanos para que los lleve el nombre del santo Dios de Israel.

Regocijaos, pueblos engañados, naciones que dormís sepultadas en las sombras de la idolatría, levantad vuestras cabezas, que ya se acerca vuestra redención; ya llega el que os la trae de parte de Dios. Ya habita entre vosotros Francisco Solano; estad atentos á su voz. Él quitará del todo la cabeza al gentilismo y le dejará sin vida; penetrará en las naciones más remotas del Chaco, Perú, Lima y Tucuman; arruinará innumerables ídolos y huacas; arrancará la cizaña de la superstición, que tiene sofocado el fecundo grano del Evangelio, que el celo de los demás había sembrado.

Apénas el espíritu de luz descendió sobre él, cuando su misión ocupó todo su ánimo: se consideró como un hombre vendido á los ídólatras, infieles y pecadores; responsable á ellos de todos sus pensamientos, de todas sus acciones, de todos sus pasos. Mira como un latrocinio el tiempo que no aplica á convertir almas para Dios; hace cuanto es necesario para llenar el carácter de sucesor de los apóstoles, ó de un apóstol del Perú, como en efecto lo fué, y ahora lo vais á ver.

Porque cumplió plenamente con el ministerio del apostolado por la predicación del Evangelio; porque honró perfectamente el ministerio del apostolado con la conducta que tuvo en la predicación del Evangelio; porque autorizó la verdad del ministerio de su apostolado con los prodigios que obró en la predicación del Evangelio. Imploremos la gracia del Espíritu Santo por la intercesión de la santísima Virgen. *A. M.*

¡Qué fondo de elevación tan grande encierra en sí la vocación al ministerio del apostolado! ¡Qué dichosos los que son elegidos del Señor como vasos de honor y gloria para llevar su nombre al universo mundo! Pero, ¡qué peso de obligaciones el que tienen que llevar sobre sí! A cualquiera que no estuviera lleno del espíritu de Dios le rendirían. Jesucristo, á los que destina al alto ministerio de

la predicación, los llama sus amigos, sus hermanos, los amados de su Padre; por consecuencia, para sostener estos gloriosos títulos deben ser afectos á los intereses de Dios; en todo y por todo no han de mirar sino su gloria, y estar prontos á sacrificarse por la extensión de la fé y del nombre de Jesucristo. Un hombre elegido para entrar en parte del alto ministerio del Salvador, debe tener un celo semejante al suyo, un celo intrépido, un celo oficioso, un celo generoso que ignore la inacción y descanso, pronto siempre á practicar cuanto fuere necesario para llevar adelante los designios de Dios.

¿Dificultais que obligaciones tan vastas las pudiese desempeñar el Santo cuya memoria hoy solemnizamos? Una osadía santa le hace olvidarse de la debilidad de sus fuerzas, y le trae inquieto entretanto que no sale á los países infieles á plantar el Evangelio, y hacer á Dios redentor el sacrificio de su sangre. Sus primeros proyectos son partirse á Berbería para acabar allí la vida entre las sartenes, las cruces y los garfios.

La providencia de Dios, admirable en sus santos, le niega las crueldades del cuchillo y el que derrame su sangre en Berbería; pero le concede otro martirio de trabajo: no me critiqueis si le llamo más penoso. Aquél se consumaría en un momento; éste duró muchos años; aquél sería efecto de un verdugo; éste de tantos cuantos son la hambre, la sed, el cansancio, la tentación, el peligro, y otras mil plagas que acometen al que transita por tierras bárbaras. Dios le llama á las Indias; allí le quería para que destruyese y edificase, arrancase la mala semilla y plantase el Evangelio. Vé, gran Santo, á donde el espíritu del Señor te lleva; convertirás á Dios muchos hijos de Israel, porque te has dedicado á Él enteramente. Vé, gran Santo, á donde la Providencia te llama; la cosecha es grande y los operarios muy pocos.

¿Qué abundante cosecha se proporciona en países tan dilatados? pero, ¿qué multitud de dificultades se ofrecen á la conversión de esas naciones? Cada una era bastante para acobardar á otro que no fuese S. Francisco Solano. Dificultades por parte de los que eran el objeto de su celo; pueblos igualmente bárbaros y rústicos, que no conocían ni las leyes de la prudencia ni las de la naturaleza; esclavos de sus pasiones, y dispuestos á despreciar toda ley que se opusiese á su libertad y licencia, y prontos á sacrificar al que se la predicaba; bien hallados en las tradiciones de sus padres, seducidos por el poder del demonio, ánte quien hincaban la rodilla bajo las imágenes sensibles del sol, luna, estrellas, leños y piedras. Lima, Buenos-Aires, Córdoba, Tucuman, Santiago, donde ya se había predicado el Evangelio,

eran por lo mismo más culpables en sus delitos. Cada una de esas ciudades podía compararse con mucha propiedad, á aquella ciudad abominable que nos representa S. Juan en su Apocalipsis. Estaban esas ciudades embriagadas en las abominaciones de la tierra, habitadas de confusa mezcla de cristianos, de infieles y de negociantes avaros, los que mutuamente se comunicaban sus excesos y pasiones, reuniendo en sí todos los vicios. Eran cristianos superficiales, cristianos de moda y del tiempo. Dificultades por parte de los caminos por donde habia de transitar. Elevados montes, cuyas sendas representan en cada paso un horrendo precipicio; estrechas cordilleras cubiertas de nieve en las estaciones del invierno, que embargan el paso á los más robustos jumentos; áridos desiertos de muchas leguas, destituidos de todo socorro que pueda aliviar las indispensables fatigas del camino; espesos bosques y llanuras incultas, habitadas de espantosas fieras. Aún se le presenta de tropel aquella cadena de penalidades, cuya espantosa numeracion hace S. Pablo; peligros de parte de los ladrones, peligros de parte de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en la soledad, peligros en el mar, peligros entre los falsos hermanos; la pobreza, las vigiliias, la sed, el frio, la desnudez; combates por la parte de afuera, contradicciones por la parte de adentro; cuidados de las iglesias, pesada carga de negocios; sin embargo, nada será capáz de detener su celo, ni causar susto á su virtud; triunfará por la virtud de Aquel que sabe hacer omnipotente á la misma flaqueza.

Solano dá principio á su obra; inflamado todo en el fervor de su caridad, y recorriendo todas las fuerzas de su alma á la vista del grave é inmenso empeño que se confia á su cuidado, se anima á sí mismo, se excita á emprenderlo todo por la gloria del soberano Dueño que le envía; como el celebrado rio de la Escritura, se derrama repentinamente por los campos con una saludable inundacion, y esparce en ellos la fertilidad y la abundancia. Tan pronto como el relámpago que sale en una parte del cielo, y brilla al mismo tiempo en otra, pasa Solano, corre, vuela por todas partes; se manifiesta, se encuentra, se aparece á un mismo tiempo en todas; deja por cien lugares señales de su luz. Rompe las cordilleras, atraviesa los desiertos, penetra los bosques, y se presenta del modo más breve y ventajoso que se vió jamás, unas veces en el Tucuman, otras en Buenos-Aires, ya en el Perú, ya en el Choco. Su celo no le permite entregarse al reposo. Él vuela desde Lima, como ángel de paz, á anunciar en Santiago las conveniencias de una sociedad unida con los dulces vinculos de la caridad. Su ardiente sed le arrebató de aquí y le introduce en los

pueblos de Socotonia, de S. Miguel y de la Magdalena; sus ansias por la reforma de las costumbres le conducen á Santa Fé, á Córdoba, á la Rioja, á Salta, á Esteco; Tucuman, Trujillo, Lima y el Callao le desean como á su único reparador, y Solano en alas de su celo corre á libertar á sus moradores de las funestas sombras del pecado.

El Tucuman quiere detenerle un poco más de lo que sufría la inquietud de su corazon; pero él, dejadme, les dice con Jesucristo, que es necesario que anuncie tambien á otros pueblos el reino de Dios, porque para esto he sido enviado. Vuela al Callao, y aqui ya no puede levantar los brazos por la debilidad en que se halla: ¿busca por eso algun descanso? Nó; busca quien se los sostenga. Apenas reúne sus fuerzas algun tanto, cuando vuelve al Tucuman; luego se introduce en el Choco. Oyentes, una peregrinacion tan dilatada pide desde luego más largos años que los que empleó Solano en su mision. Él consumió mucha parte de su vida en los conventos, disponiendo su corazon y creciendo en virtud y sahiduria delante de Dios y de los hombres. Caminó Solano en ménos de dos años más de dos mil leguas; se dejó ver segunda y tercera vez en una misma ciudad; predicó y trabajó en muchos lugares donde no se habia oido á Jesucristo; bautizó, instruyó, catequizó y ejerció el oficio pastoral en muchos pueblos; y siempre le sobró tiempo para visitar los hospitales, curar los enfermos, consolar los encarcelados y pensar en sí mismo.

Al ardor de la caridad de nuestro apóstol corresponden los frutos de su predicacion. A su voz el vicio se oculta, calla la impiedad, desaparece el vicio; al oír su predicacion la idolatría confundida no se atreve á manifestar. Como al sonido de las trompetas de Josué cayeron los muros de Jericó, así, á la predicacion de Solano, cayeron los más obstinados pecadores y envejecidos infieles. Su voz es voz de muchedumbre, que quebranta los cedros y sacude los montes; es una luz, que disipa los nublados con que turbaba el demonio á una religiosa en el punto de su vocacion. Es una espada de dos filos, que penetra los corazones, y les abre puerta para que digan públicamente sus pecados; es una saeta tan penetrante, que en un breve discurso hace caer á sus piés un número exorbitante de mocobies, que él bañó con las aguas de reconciliacion; es un dardo, que rinde de un golpe nueve mil indios bárbaros, que somete á su direccion, y les obliga á disciplinarse en el mismo día de su conversion. ¿Son estos los prodigios de la primitiva Iglesia, ó los progresos de una mision particular? Triunfad, feliz Esposa del Señor; ahora, no ménos que en aquellos siglos de oro, vereis venir cada día nuevos hijos á vuestros brazos, que piden sacerdotes y obispos para el gobierno de sus

almas. Hemos visto que Solano cumplió plenamente el ministerio del apostolado; veamos ahora cómo lo enalteció con su conducta.

Darse honor á costa del ministerio que se ejerce, es una prevaricación culpable; aspirar al honor que está unido á su ministerio y valerse de él, es efecto de la humana ambición; recibir el honor que es propio de su ministerio, porque se ejerce dignamente, es recompensa del mérito; honrar su ministerio aún á costa de su persona, es el carácter de las almas grandes, es propio de S. Francisco Solano. El sucesor de los apóstoles debe elevarse á una region superior, á donde los objetos de los sentidos no puedan inquietarle ni distraerle; debe morir á los sentidos y á todas sus inclinaciones, aún las más indiferentes; debe añadir á sus exhortaciones una voz de virtud, que es el ejemplo de las obras. Penetrado de este pensamiento nuestro apóstol, se armó con una penitencia de que se encuentran pocos ejemplares. Resuelto á ofrecer á Dios un holocausto agradable, practicó la abnegacion del Evangelio. Al ver el rigor con que trataba su cuerpo, diriais que vivía en una carne extraña: la trata con un odio implacable, la declara abierta guerra; el hambre, la sed, la desnudez no eran más que una parte de su cáliz; y esto del mismo modo en los caminos que en los conventos, en las ciudades que en los despoblados.

Junta la mortificación con la oracion, oró mortificándose, y se mortificó orando; del altar de los sacrificios pasaba al de los incienso; y presentándose á sí mismo por víctima, derramaba su oracion como incienso en olor de suavidad. Nunca despegó sus labios para hablar, sin haberse ántes preparado para atraer á sí aquel espíritu vivificante, sin el cual las palabras de los predicadores no son más que una campana que hace resonar el aire. Por la oracion hacia bajar aquella divina semilla que había de derramar sobre la tierra. Ángeles tutelares de los desierto; cuántas veces visteis á Solano, despues de una penosa jornada de todo el dia, pasar la noche postrado sobre la tierra, humillado y contrito, sus ojos anegados en lágrimas, el corazón desahogándose en suspiros, los brazos extendidos en forma de cruz, protestando delante de Jesucristo la debilidad de sus fuerzas, y pidiendo á su querido Maestro para los pecadores, aquella gracia de conversion tan propia para iluminar las tinieblas de sus entendimientos, y ablandar la dureza de sus corazones! Hijos del Serafin de Asis, vosotros sois testigos de cuantas veces Solano se mostró tan brillante como el sol, cubierto todo él de resplandores; de cuantas veces se elevó extático en el aire; de cuantas veces le visteis volar como avecilla sin hiel del coro al altar mayor, y como cisne llenó de melodía cantar las misericordias del Señor.

Digamos para nuestra edificacion algo de sus humillaciones. La exaltacion justa de su mérito fué para Solano una terrible tentacion; pero tentacion que venció con ventaja. Las ciudades salen de tropel á recibir á Solano como al enviado del Señor, y le llaman el Santo por excelencia. Jesucristo mismo, Maria santísima, S. Buenaventura, descienden del Cielo para recrearle en sus fagigas. ¡Qué gloria! Esta gloria que encanta tanto á un mundano, á Solano le sirve para confundirse y anonadarse más. Él se tiene por un vil gusano de la tierra, y el menor de los que anuncian á Jesucristo. Él se entra al refectorio con el hábito al cuello diciendo á voces, que es indigno de vestirle; él se arroja en el suelo para que todos le pisen. Él se presenta á los frailes con un palo atravesado en la boca, porque dice que es un maldiciente. Este espíritu fogoso, que apenas oye resonar los clamores de su santidad en la Andalucía, cuando se parte fugitivo al Perú; apenas empiezan á venerarle los ciudadanos de Lima, cuando corre por el Tucuman; luego que le concieron por un varon perfecto los naturales de ese país, huye nuevamente á Lima. Confundido siempre y anonadado, habladle, no obstante esto, de la conversion de los idólatras, de la instruccion de los ignorantes, de la reforma de las ciudades, y le vereis volar como un relámpago para doctrinar á los indios, y administrar los sacramentos en calidad de párroco.

El Señor, que exalta á los humildes, bendice sus esfuerzos. Basta que Solano se deje ver en los teatros de Lima, para que sus concurrentes dejen estas pompas de Satanás, y se arrodillen á los pies de un crucifijo que les presenta. Basta que le vean los pecadores en una cuadro vertiendo lágrimas con los ojos fijos en la imagen del Redentor, para que corran tras él clamando á voces, que los oiga en confesion. No necesita más que presentarse para disipar los escándalos y las injusticias. Digamos ahora dos palabras de los milagros de nuestro Santo.

Los milagros no son hoy tan comunes como lo fueron en la primitiva Iglesia, porque no son hoy tan necesarios como lo eran entonces. Las Indias necesitaban ver estos prodigios. Esto exigía una doctrina sublime, nunca oida, contraria á las preocupaciones del entendimiento; una doctrina austera, enteramente opuesta á las flaquezas naturales de nuestro corazón. Gracias á Dios, que concedió la lluvia de este copioso maná; porque á la verdad, ¿con qué extension no fué comunicado este gran don al tamaturogo cuya fiesta celebramos? ¿Qué celo fué más apoyado por el Cielo y sostenido á fuerza de milagros? ¿Qué imperio más absoluto que el suyo sobre toda la naturaleza? A sus órdenes cesan los vientos, se apaciguan las

tempestades, calma el mar. Habla á los elementos en la deshecha tormenta que padeció el buque en que viajaba, y cesa de repente. Su palabra resucita los muertos; hace dóciles á los irracionales; las avecillas se vienen á sus manos, y saltan á la voz del rabelillo con que las incita á alabar al Criador.

Con la señal de la cruz sana las más incurables enfermedades. La prodigiosa cuerda que se conserva hasta hoy en Santiago, es medicina eficaz para partos apretados y otras enfermedades. Parece que de él manaba aquella virtud admirable que se reconocía en el Salvador para sanar todo género de enfermos. Para socorrer á los necesitados obra toda especie de milagros. Disminuye las aguas de un rio profundo para facilitar el tránsito á unos caminantes detenidos y atrasados en sus negocios. Su báculo es como la vara de Moisés, que abre un manantial de aguas dulces para saciar la sed de sus compañeros en los desiertos de Santa Fé. Habló lenguas que jamás habia aprendido. Se dedica á aprender otras tantas: la toconote, que es de las más ásperas, la supo en ménos de quince dias; todas las habla con tanta perfeccion, que le llaman los indios el Padre Mago; muchas veces hablando una sola lengua se hace entender á un mismo tiempo de bárbaros, que tienen entre sí idiomas diferentes. Ve lo que pasa en los lugares más distantes como si estuviera presente en todas partes. Penetra lo futuro y predice lo que ha de suceder, como si todo fuera para él presente. Trujillo, por su ceguedad, lloró su ruina expresamente profetizada por Solano, y cumplida segun todas sus circunstancias para nuestro escarmiento. Dios, fiel á Solano y á los indios, renueva á favor suyo todas las maravillas de la primitiva Iglesia: discrecion de espíritus, ciencia de la palabra, interpretacion de misterios, dón de lenguas, conocimientos sobrenaturales, revelaciones, profecías, gracia de curaciones.

Admiremos, oyentes, los portentos con que nuestro Santo hizo que se doblase toda rodilla al nombre del Señor, y pidamos con fervor al Cielo, que suscite otra vez el espíritu de este admirable apóstol, para que ya que la impiedad arrebató á Dios tantas almas, haya ahora como entónces á lo ménos una que le recompense de tantas pérdidas. Y vos, apóstol generoso, que con tanto celo procurasteis la salvacion de las almas, gozaos en esas eternas mansiones, á donde enviasteis tantas almas que sacasteis del poder de las tinieblas y del pecado. Gozaos, si; pero acordaos de nosotros, pecadores y destrerrados en este valle de lágrimas. Alcanzadnos del Señor el perdón de los pecados y la más perfecta caridad, á fin de que podamos ser con vos eternamente dichosos en la Gloria.

PANEGÍRICO
DE SAN FROILÁN, OBISPO DE LEON.

Qui fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno caelorum.

El que guardare los mandamientos y los enseñare, ese será tenido por grande en el reino de los cielos.

(MATTH. V. 49.)

Admirable se ostenta la divina Providencia cuando se propone proteger á un pueblo arrepentido, y levantarle del abatimiento en que le precipitaron sus propios excesos. La misma mano que ántes hizo pesar sobre él los castigos de su justa cólera, le prodiga despues sus paternales auxilios. Si el Señor permite que Israel experimente las amarguras del cautiverio, y gima por largo tiempo bajo el insoportable yugo de los tiranos de Egipto, cuando se olvida de su ley ó se abandona á sus pasiones, llega un dia en que, movido á compasion al oír sus lamentos, extiende hácia él su diestra protectora, y del seno mismo de la cautividad hace surgir varones eminentes, que, rompiendo los hierros que le oprimen, le sirvan de caudillos para conducirle á la tierra prometida. En vano lucha contra él todo el poder de los Faraones; cuanto más se obstina la tiranía en multiplicar los medios de represion, más palpables son los prodigios del Cielo á favor de aquel pueblo, harto probado con el fuego de la tribulacion.

Este mismo rasgo providencial vióse reproducido en nuestra patria en los siglos de la irrupcion musulmana. Tambien ella experimentó, como la nacion hebrea, el yugo de un poder despótico, que por muchos años la atligió con todo género de infortunios, mientras que mal aconsejada abandonó el camino de la verdad y se lanzó en las sendas del crimen. Tambien ella arrastró las cadenas de la más dura servidumbre que le impusieron los sectarios de Mahoma, más crueles tal vez que los antiguos egipcios. Pero, apenas despertó de su

funesto sueño y dirigió al Cielo su corazón, el Señor suscitó por todas partes génius privilegiados, almas singulares, que, poniendo en movimiento los grandes recursos que la religion proporciona con su accion y enseñanza, renovaron la fáz de un pais desfigurado por falta de creencias y virtudes, y le hicieron marchar hácia una nueva vida, por entre las dificultades que ofrecia su precaria situacion, hasta colocarla en un estado cual convenia al perfecto desarrollo de su civilizacion.

En el número de estos héroes figura el esclarecido obispo de Leon, S. Froilán, cuya festividad hoy nos reúne, como que fué uno de los que con más celo contribuyeron á sacar á nuestra pátria del lamentable estado á que se miraba reducida en el siglo décimo, bajo la servidumbre agarena. Grande en todos conceptos, segun el espíritu del Evangelio, merece una página especial en los anales religiosos de aquella época; puesto que procuró por todos los medios posibles el mejoramiento de las costumbres, sólido fundamento del porvenir de un pueblo, que comenzaba á regenerarse despues de las desgracias que había experimentado en castigo de sus extravíos. Son tantos los títulos que Froilán supo adquirirse á la consideracion de su pátria, tan relevantes los hechos de su historia, que el apuntarlos solamente sería una tarea sobremanera difícil. Simplifiquemos, pues, la idea sobre la cual deben girar nuestras reflexiones, y ciñéndonos á las palabras que nos han servido de texto, admiraremos el doble carácter de grandeza que brilla en Froilán, á saber: grandeza de accion; y grandeza de enseñanza. Con sus acciones edificó á su siglo; con su enseñanza lo ilustró. Esto es lo que nos cumple demostrar: imploremos ántes los auxilios de la gracia por la intercesion de la bienaventurada Virgen Maria, saludándola con el Angel: A. M.

En la época de la invasion musulmana el cristianismo, que era á la vez objeto del menosprecio de sus enemigos y de la indiferencia de los mismos que lo profesaban, necesitaba desarrollar toda su grandeza y santidad, ofreciendo ejemplos que le hiciesen respetable á los unos, y despertase en los otros el amor hácia sus divinas máximas. Ambas cosas llenó cumplidamente produciendo á Froilán, destinado á ser un modelo de perfeccion cristiana. Nacido de padres cristianos en la ciudad de Lugo, recibió una educacion esmerada, y dió desde luego grandes ejemplos de virtud. Hula de los juegos y entretenimientos pueriles, y se le veía con frecuencia en los templos orando con fervor, con respeto, con humildad, é implorando las

misericordias de Dios sobre su pueblo. Aún en la edad más tierna se observaba tanta prudencia en sus palabras, tanta madurez en sus acciones, tanta abstraccion de las cosas del mundo, tan alto desprecio de las pompas humanas, y un recogimiento tan continuo, que edificaba á cuantos le conocian, y admiraba hasta á los mismos ministros del santuario. Como árbol plantado junto á las corrientes de las aguas crecía de día en día en todo género de virtudes. Todavía no conocía al mundo y ya hula de sus peligros, y procuraba evitar su aliento ponzoñoso. Diríase, que había gustado de lleno los placeres y dulzuras celestiales, y que le causaban fastidio los deleites engañosos con que convida el siglo.

La edad en que las pasiones hablan con más fuerza al corazón suele ser por desgracia la época de los triunfos del mundo. Las más fundadas esperanzas se desvanecen, los más firmes propósitos se disipan, el jóven deja de ser lo que fué el niño, y vemos á muchos, no solo desmentir, sino tambien avergonzarse de lo que fueron. No fue ésta la conducta de Froilán. Los vientos pueden domar las cañas débiles, pero los árboles corpulentos resisten sus impetus: ni el lustre y esplendor de las armas, en un tiempo en que era la pasion y la necesidad dominante; ni la gloria de los triunfos entre el ruido de los combates; ni el placer de los deleites en una edad en que todo brinda á la sensualidad; ni los ejemplos de la multitud, que corre tranquila entre los más espantosos peligros; nada, en fin, es capaz de apartar á Froilán de la virtud que se había arraigado en su alma desde los primeros pasos de su vida. Conoció que el mundo era el lugar de las tentaciones y naufragios, y que la virtud no podia hallar en él sinó lazos que la aprisionasen, ilusiones que la engañasen, obstáculos que la entorpeciesen y acobardasen, y escándalos que le arrastrasen y algiesen. Conoció en su tierna edad, lo que más tarde y á muy cara costa enseña la experiencia á los que se dejan engañar del mundo. Renunció, pues, á todos los placeres y esperanzas que éste ofrece, y huyó por no participar de sus iniquidades. No le conduce á la soledad una vida hastiada de los placeres mundanos, y millares de veces frustrada en sus sueños lisonjeros; no le lleva el deseo de reparar con su diligencia el tiempo que perdiérase por su indolencia y flojedad; no es quien le dirige la necesidad de hacer penitencia para aplacar por sus excesos á la divina justicia, y borrar los escándalos de una juventud licenciosa; ántes de cumplir el quinto lustro de su vida abandona á sus padres, á sus posesiones y á sus esperanzas por seguir al Redentor, por entregarse enteramente á Él en el silencio del retiro, y atraer con sus mortificaciones y sus súplicas la

paz y la dicha sobre su amada patria. Vá á consagrar al Señor una víctima santa; vá á aplacar como Moisés la indignacion del Criador.

Con efecto, contempladle en la soledad. Mientrás en el seno de una Babilonia dó hierven los más vergonzosos excesos, corren los hombres á quemar incienso á la disolucion, á adorar el idolo de la sensualidad, y á apurar la copa del placer; cuando todos se entregan á satisfacer sus instintos, y en nada piensan más que en coronarse de flores, y pasar alegremente los dias en las diversiones que proporciona la disipacion; Froilán ora, medita, ayuna, macera sus inocentes miembros con todo género de austeridades; duerme sobre el duro suelo, se alberga entre las quebradas rocas, se alimenta con yerbas y raíces silvestres, y tolera las molestias de una temperatura excesivamente cruda. Sus oraciones y austeridades no fueron infructuosas: en nuestros dias son pocos los que comprenden el heroismo que encierra este noble esfuerzo de una alma, que se desprende de todo lo visible, por ir á buscar en el silencio del retiro una existencia de privaciones y de cruz voluntaria. Romper los vínculos más fuertes que estrechan al hombre con el mundo, renunciar á las afecciones más naturales, dar un eterno adiós á cuanto le rodea para sepultarse en la oscuridad é implorar á favor de sus hermanos las misericordias del Dios, que los castiga, esto es para todo hombre religioso una virtud extraordinaria. Froilán, retirándose del mundo y abrazando una vida de abnegacion y privaciones, obtenía de Dios que se compadeciese de su patria. Sus austeridades en el desierto fueron como la sangre de los mártires, que dieron abundante fertilidad á la Iglesia; así como creció el número de los cristianos con la fuerza de las persecuciones, así tambien con las penitencias de Froilán creció el número de las almas fervorosas que contuvieron el brazo de la divina justicia.

No basta esto: sin perder su amor al retiro, madura grandiosos proyectos en bien de la sociedad, y se prepara á llevar á cabo con éxito feliz la empresa de regenerar á su siglo por medio de la predicacion de las verdades evangélicas. Instruido en la ciencia de Dios, sale de tiempo en tiempo de entre la aspereza de los montes, recorre los pueblos comarcanos, anunciando las venganzas divinas, exhortando al temor santo del Señor, y procurando infundir á los corazones el amor á la virtud y el odio al vicio. Abrasado del más ardiente celo instruye al ignorante, corrige al pecador, alienta al justo, reforma los abusos, promueve la piedad, rectifica las costumbres, y hace renacer en todas las clases de la sociedad el respeto á la religion y el cumplimiento de sus respectivos deberes. Pocos podían

resistirse á la eficacia de sus palabras; de todas partes corrían á consultarle y á ponerse bajo su direccion.

Sin embargo, su amor á la soledad, léjos de amenguarse con este nuevo género de vida, aumentábase en él considerablemente. Cada vez deseaba con más vehemencia volver á disfrutar de los sublimes goces del espíritu en el silencio del retiro. Y el Señor le inspiraba estos sentimientos porque quería que, bajo sus auspicios, se renovase en nuestra patria el fervor antiguo del monacato. En las montañas de Leon se encontró con S. Atilano, en cuya compañía moró algun tiempo, siendo su maestro en la vida espiritual. Los dos fundaron un monasterio, que en lo sucesivo fué un semillero de otros muchos, cuyos moradores prestaron á la Iglesia y á la sociedad importantes servicios. Las gentes, atraídas por el suave olor de su virtud, acudían á ellos, y se esforzaban á imitarlos. Entonces fué cuando los piadosos reyes de Leon pusieron á disposición de Froilán cuantiosas sumas para que extendiese por todos sus Estados la vida monástica. Nuestro Santo supo llenar su cometido tan á satisfaccion de quien se lo confiara, que en poco tiempo se levantaron por todas partes grandiosos edificios, en donde centenares de almas de ambos sexos, cansadas del mundo y de sus vanidades, se retiraron á consagrar al Señor el resto de sus dias; y otras, que aún no habian experimentado el contagio del vicio, buscaron un puerto á su inocencia. De esta manera Froilán restauró en nuestra patria las reliquias de aquella generacion de héroes, que en otra época más feliz formaban su gozo y su corona. Por él se vieron renacer las robustas virtudes de los primitivos moradores de la Tebaida y del Egipto.

Tiempo era que esa antorcha luminosa, que tanta claridad derramaba en el retiro fuese colocada en la cumbre del santuario para esparcir desde allí nuevos resplandores en toda la Iglesia española. El obispado de Leon acababa de vacar por muerte de su pastor, y el rey don Alonso en el momento puso los ojos en Froilán. A las instancias del monarca unieronse los votos del clero y las simpatías de todo el reino, que, á despecho de su humildad, le obligaron á echar sobre sus hombros aquel honorífico al par que pesado cargo. Aquí se nos abre un campo para un nuevo y dilatado discurso. Si en el desierto Froilán fué útil para sí mismo, para sus prójimos y para su patria, lo fué mucho más cuando, colocado como una antorcha, brillaba sobre el candelero para alumbrar en la casa del Señor.

Cuantas prendas pueden apetecerse en un hombre destinado á gobernar la Iglesia de Dios se hallaban como identificadas en él. Ir-

repreñible en sus costumbres, dulce en el trato, afable en la conversación, celoso en corregir, prudente en amonestar, mesurado en reprender; benéfico hasta la prodigalidad; en sostener la verdad incorruptible; en hacer frente al crimen incansable; granjeóse las simpatías de cuantos llegaron á conocerle. Los virtuosos le amaban, los discolos le temían, los indiferentes le respetaban, los viciosos no se atrevían á censurarlo: el jóven mira en él una repreñion tácita, pero elocuente, de sus extravíos: el anciano encontraba en él el fiscal más terrible de sus malos ejemplos. Su casa era el asilo del pobre, el albergue del peregrino, el refugio del enfermo. Allí acudía la pobre viuda á enjugar sus lágrimas; allí el padre de familia á calmar sus pesares; allí la virgen abandonada á atrincherarse contra las tentaciones que ponen en compromiso su virtud; allí el huérfano sin apoyo á buscar un corazón paternal que le protegiera contra los ataques de la miseria. Persuadido intimamente, de que las doctrinas son la base del edificio religioso y social, y que es de absoluta necesidad el fomentirlas y acrecentarlas por todos los medios posibles, como que sin ellas no hay costumbres, y las leyes son impotentes para contener los efectos del mal, ni un momento cesa Froilán de sembrar ese gérmen benéfico en todas las clases. Pronto siempre á acudir donde quiera que le llama la voz de su ministerio pastoral, se le ve ahora al lado del que está débil en sus creencias, confirmandole en ellas con palabras tiernas, y á la par fuertes y persuasivas: correr luego tras del que ha sido engañado por falsos principios y se precipita en el abismo de la incredulidad, para contenerle en su funesta marcha con suaves al mismo tiempo que enérgicas reflexiones. Froilán, en una palabra, es un génio previsor y vigilante, cuya doctrina se extiende á todas las necesidades, se acomoda á las diversas condiciones; y como buen pastor, cuyo afecto es idéntico para con todas sus ovejas, cualquiera que sea su carácter ó posición, con el mismo ardor se consagra al cuidado de las unas que al de las otras. A todo se extiende su enseñanza, con todos manifiesta igual solicitud; y si rara vez se nota en él un interés especial hácia alguno, es únicamente porque es mayor y más perentoria su necesidad. Pero no se concretó únicamente el celo de Froilán al círculo de su diócesis; es opinión constante, que toda aquella parte de España que pertenecía á la corona de Leon fué ilustrada con su doctrina, y que en todas partes donde le era dado penetrar, sembraba la verdad evangélica como operario fiel é infatigable del campo del divino Labrador.

Finalmente, acércase el momento de pagar el comun tributo á la ley de la mortalidad. Tendido en el lecho del dolor, Froilán profe-

tiza las enfermedades, la hambre y la mortandad con que Dios había de castigar al reino de Leon, para que así el monarca como el clero tratasen de aplacar el enojo del Señor con una enmienda verdadera de sus costumbres. También anunció de antemano el día en que había de morir, y con gran celo y fervor exhortó á los clérigos y monjes que había llamado, á que fuesen siempre leales á su vocación. Después de esto nuestro Santo exhaló el último suspiro. Sus vaticinios se cumplieron; y esto mismo contribuyó á realzar sobremanera la gloria de su nombre, y á proporcionarle un triunfo universal. Hé aquí porque cuando el bárbaro Almanzor entró á sangre y fuego en el reino de Leon, los cristianos se esmeraron en salvar las reliquias de Froilán, más celosos de la inmudidad de aquel sagrado depósito que de su propia existencia. ¡Justo homenaje debido á la memoria del hombre, que tan admirablemente supo unir los dos caracteres que le hacen grande, segun el Oráculo de la eterna verdad! Grande en su accion, edificó á su siglo, desarrollando toda la belleza de las máximas del catolicismo en su vida privada; y obrando conforme á ellas, rayó en el mayor grado posible de santidad. Grande en su enseñanza, ilustró á su siglo en su vida pública, consagrada á difundir la doctrina evangélica, llevando en este punto su celo á la mayor altura del cristiano heroísmo. Luego, tanto respecto á sí mismo, como con relacion á la sociedad, llenó Froilán los deberes de un gran génio, de un héroe ilustre, de un español digno del culto de la religion y del amor de la patria.

Celebremos, hermanos míos, la grata memoria de este varon santo y admirable, de quien tan bellos y tiernos recuerdos nos han quedado. Acudamos á él en nuestras necesidades, seguros de que desde el Cielo nos prestará su proteccion. Seamos á imitacion suya útiles á nuestra patria, en un tiempo en que resuena por todas partes y se tiene en tanto aprecio el nombre del patriotismo. No creais que para esto tengais necesidad de huir al desierto; el mundo mismo sirve de desierto para un alma cristiana. Todos podemos en el mundo mismo ser útiles á nuestros prójimos con nuestros haberes, con nuestro talento, con nuestra vida morigerada, con celo y fortaleza para oponernos á las doctrinas perversas y máximas destructoras, que en el seno del cristianismo se propagan impunemente por tantos cristianos indignos de este nombre.

Santo glorioso, admitid propicio los votos de vuestros devotos; y desde ese trono glorioso que ocupais, haced que experimentemos vuestra proteccion en los peligros, recibamos la salud en las enfermedades; y vuestro poderoso patriotismo nos alcance del Dios de las

misericordias, luz para caminar por el tenebroso valle de esta vida, gracia para vencer las tentaciones de Satanás y resistir á los incentivos de la carne y á las seducciones del mundo; y por fin, la gloria perdurable.

PANEGÍRICO

DE SAN FRUCTUOSO, OBISPO DE TARRAGONA,
Y DE SUS DIÁCONOS AUGURIO Y ECLOGIO, TODOS MÁRTIRES.

Dedit Dominus ipsi fortitudinem, et usque in senectutem permansit illi virtus, et semen ipsius obtinuit hereditatem.

Diólo el Señor gran valor, y di lo conservó vigoroso hasta la vejez, y le vinculó en herencia á sus descendientes.

(ECL. XI, VI, 11.)

Entre los innumerables testimonios que comprueban la divinidad de Jesucristo y de su religion santa, el heroismo de los mártires es sin duda el más brillante. Su constancia en confesar la fé en medio de los más inauditos tormentos, fué el medio más poderoso de que se sirvió la divina Providencia en los primeros siglos de la Iglesia, para sojuzgar á un mundo idólatra y triunfar de sus preocupaciones hondamente entrañadas, merced á la larga série de errores, que unos tras otros venian multiplicándose de una manera extraordinaria. En proporcion que éstos aumentaban á la sombra de las pasiones, acrecentábase el número de los ilustres confesores, victimas preciosas que se ofrecían en holocausto sobre las aras de la religion por el sostenimiento de sus creencias. Este heroismo, que hasta entónces no se habia visto, obraba directamente sobre la inteligencia de los sectarios del paganismo, llamaba su atencion, y les inspiraba un involuntario asombro, en pòs del cual venian la reflexion y el convencimiento. De esta suerte el cristianismo triunfaba, el Evangelio se extendia, multiplicábase los fieles, y donde quiera ondeaba el sagrado penón de la fé.

¡Cuántos triunfos de este género no vió la nacion española! ¡Qué escuadrones de mártires invictos no se presentaron á pelear en la arena en defensa del Evangelio! ¡Suelo feliz! A la abundancia de los hijos

que de tí salieron en defensa de la fé en los primeros siglos, estaba ligado el bello y envidiable porvenir á que estabas llamado por la Providencia. Olvidemos empero hoy los nombres de millares de héroes, que en la lucha trabada entre la España católica y la gentil vencieron las arterias todas del error, y triunfaron de cuanto de más seductor ofrecía el mundo y de más terrible la muerte; y ocupémosnos solamente en el insigne obispo S. Fructuoso, honor de Tarragona, antorcha luminosa de aquella antigua metrópoli, modelo de santidad pastoral, y ejemplar asombroso de valor cristiano. Su sangre pura y generosa, mezclada con la de sus diáconos Angurio y Eulogio, fecundó aquella tierra feliz, que desde entónces no ha cesado de dar á la Iglesia los más preciosos frutos de fé. No contento con haber consagrado á su pátria las primicias de un heroísmo, que hasta entónces no había tenido ejemplo; no satisfecho con haberla ilustrado como pastor en los dogmas de la religion verdadera, fué el primero que confesó esta misma religion en los tribunales del César; y dando por ella una vida llena de virtudes y de méritos, inspiró á otros idénticos sentimientos. Bien podemos, pues, decir de él, lo que en alabanza del gran Caleb dijo el hijo de Sirac: Fué un héroe á quien el Señor comunicó gran valor para hacer frente á los embates de la impiedad; él lo conservó vigoroso hasta la vejez, y lo vinculó como en herencia á sus descendientes. Desde este punto de vista consideraré al insigne obispo de Tarragona; fundado en esta alusion bíblica, os lo propondré como un modelo de constancia, que, fiel á sus creencias religiosas, supo sacrificarse en las aras de la fé, y cuyo ejemplo, que inspiró idénticos sentimientos á sus dos levitas Angurio y Eulogio, debe ser la norma de cuantos nos gloriamos de ser sus compañeros. Pidamos ántes los auxilios de la gracia por la intercesion de la Santísima Virgen, saludándola con el ángel: *A. M.*

Cuando un rayo lanzado por la tempestad en medio de un espeso bosque, llega á incendiar las ramas secas de una vieja encina, no hay medio de contener los efectos del fuego: impulsado éste por el soplo del fuerte aquilon, se propaga de un modo horroroso, y en pocos momentos las llamas lo reducen todo á pavesas. Así tambien, cuando el fuego divino del celo por la gloria de Dios se apodera de un alma, á la cual el amor celestial sirve de alimento, imposible es poner límites á sus grandes deseos de comunicar á los demás sus propios sentimientos. El Señor había arrojado al corazon de Fructuoso un rayo abrasador que le consumia: propagar su angusto nombre por todas partes era el gran deseo que anhelaba satisfacer; sin

esto no encontraba sosiego su alma, y su existencia érale un tormento intolerable. ¿Y qué triunfos no reportó este incansable celo de Fructuoso? ¡Ah! Semejante nuestro Santo á aquel Sanson, que despedazaba los leones en los desiertos de Thammatha, más de una vez desmenuzó los errores del paganismo con la irresistible fuerza de su palabra, y amansó el furor de los apasionados sectarios del culto de las divinidades del Olimpo, obligándoles á reconocer, que no había más Dios que el que adoraban los cristianos. Empero, esto no era más que un ensayo del heroísmo, que en otro terreno estaba llamado á desplegar. Preparada le estaba una lucha gloriosa, en la cual debía darse un espectáculo de valor sin semejante ante un poder temible, en el que estaba personificada toda la tiranía de la altiva Roma, y todo el ódio que aquel monstruo de cien cabezas alimentaba contra el culto del Crucificado.

Con efecto; las proezas de Fructuoso y las conquistas que hiciera para Jesucristo llegan á los oidos del gobernador de Tarragona. Emilian, hombre cruel y resuelto á aniquilar la religion y el culto del Dios verdadero, publica en todo su departamento los bandos de exterminio y de muerte contra todos aquellos que no adorasen á los ídolos de Roma. La tribulacion dá á conocer la verdadera virtud. El celo del santo obispo de Tarragona ni se entibia, ni se acobarda á la vista del peligro; redobla sus esfuerzos, aumenta su fervor, rodea á su rebaño para que ninguna oveja sea devorada de los lobos que le asaltan. Nosotros somos celosos, y tal vez hasta rígidos, en la observancia de los preceptos del Señor, cuando en ello no hallamos contradiccion, cuando nada tenemos que temer, cuando están lejos los peligros, las privaciones y los tormentos; pero somos cobardes y condescendientes cuando el peligro está cerca, cuando tememos perder las comodidades. La luz de nuestro celo se apaga al más ligero soplo de la persecucion; el de Fructuoso alumbraba más y más con el peligro. Fuerte sobre todos los temores y esperanzas humanas, desprecia generosamente no ménos lo que aman que lo que temen los hombres.

Acusante ante el tribunal como reo de impiedad, porque no contento con profesar la nueva religion del Crucificado, la propaga y extiende con sus exhortaciones, y arrastra en pús suyo gran número de gentes, que desertan de la antigua religion del imperio. El gobernador toma en consideracion el asunto, y desde luego señala con su dedo la víctima preciosa, que debe ser la primicia del martirio en aquel suelo venturoso. Érase un domingo de enero del año 259 de la éra cristiana: el santo obispo, despues de concluir los divinos oficio, las prees y explicacion del Evangelio, se había retirado

á descansar. En el silencio de la noche oye en la puerta de su habitación un ruido estrepitoso de hombres y de armas. El ilustre prelado salta prontamente de su lecho, y sale al encuentro á aquella tropa amotinada, y sin turbarse les dice: ¿Á quién buscáis? Á ti, contestaron ellos, á quien el gobernador manda llamar para que con tus diáconos comparezas en su presencia. Al momento os sigo, repuso el venerable pastor; y sin la menor dilacion púsose en marcha con sus diáconos Augurio y Eulogio. Siguiéronle algunos fieles, que con copioso llanto le suplicaban les tuviese presentes en sus oraciones. El ilustre preso, encorvado bajo el peso de los años, camina en medio de las hórridas tinieblas con todo el vigor de la juventud; sus palabras demuestran la satisfacción que le cabe por verse digno de padecer por Jesucristo. De día y de noche se agolpan los fieles á ver en la cárcel á su santo prelado, sin temor á las amenazas y castigos, y á recibir las lecciones que con un celo apostólico daba á todos, exhortándoles á que se conservasen firmes en la fé, despreciando los tormentos y la muerte. ¡Consejos saludables de fortaleza y de virtud! ¿De cuánta eficacia y qué impresion tan fuerte no haríais acompañados del ejemplo de un pastor, que sufre y está dispuesto á morir en defensa de lo mismo que aconseja? Hay algunos que imponen cargas pesadas á los demás, pero ellos no tienen valor para sobrellevarlas; Fructuoso, al contrario, como buen pastor vá delante y conduce á su rebaño con su ejemplo. Nadie ignora lo que eran las lóbregas mansiones destinadas para castigar á los cristianos: las tristes víctimas hallábanse lacinadas unas sobre otras como en los sepulcros, donde están reunidos todos los horrores del frío, del calor, de las tinieblas y de la infección. En aquel lugar, jamás bañado por la luz del día, yacia Fructuoso con sus dos diáconos, esperando la hora del combate, y adiestrándose para la pelea con la oracion, las vigiliias y los cánticos sagrados. ¡Espectáculo agradable al Cielo y edificante á la tierra!

Encendido en cólera el gobernador, manda que los reos se presenten en su tribunal. La satisfacción del vasallo fiel, que es llamado por su príncipe á ceñir sus sienas con el noble laurel de la victoria, no es mayor que la de Fructuoso y sus dos dignos diáconos, cuando abiertas las puertas de la cárcel oyen la disposicion del gobernador. Un gentío inmenso se agolpa para ver el desenlace de aquel drama. El gobernador se dirige á Fructuoso. ¿No has oido, le dice, lo que tienen mandado los emperadores romanos? No lo ignoro, responde el santo obispo; pero yo soy cristiano. Tienen mandado, dijo el gobernador, que todos sus vasallos tributen culto á los dioses. Pues yo,

contesta Fructuoso, no se lo daré. Me es imposible dar cumplimiento á un decreto que está en abierta oposicion con los decretos del Dios del Cielo y la tierra: á éste es á quien únicamente adoro: fuera de Él y de su Hijo Jesucristo, no hay para mí divinidad alguna que merezca culto. Con que, responde Emiliano, ¿desconoces el poder de nuestros dioses? ¿No temes su cólera, no te afecta su venganza? Entónces el imperturbable anciano elevó sus ojos al Cielo, y oró al Señor, sin dignarse ni fijar sus miradas en las inanimadas estatuas, que con supersticioso entusiasmo mostrábase el soberbio juez. Dirigiéndose entónces á Augurio, esforzabase el gobernador en persuadir á éste, que no diese oídos á las palabras de Fructuoso; pero el santo diácono respondió: Yo adoro á Dios omnipotente. ¿Y tú, dijo el juez á Eulogio, adoras á Fructuoso tambien? Nó, dijo con marcado entusiasmo el santo diácono, yo no doy culto á Fructuoso, sino al mismo Dios omnipotente á quien Fructuoso adora.

Con el semblante inalterable y las respuestas llenas de valor de los defensores de Jesucristo conoció fácilmente Emiliano, que no reduciría su constancia con las amenazas, así como en nada la había disminuido con las molestias y privaciones de la cárcel; y afectando un carácter blando y apacible, se valió de la suavidad, de las promesas, de los honores y distinciones, que puso á su disposicion á nombre de los emperadores, si daban el ejemplo de obedecer sus edictos. Astucia sin comparacion más temible que el horror de los tormentos. Los tres santos confesores de la fé oyen con espanto, la proposicion y levantan sus corazones á Dios, suplicándole que no les desampare, sino que les conceda el valor necesario para el triunfo. Burlanse de todas las promesas, desprecian las ofertas, y, no temen las amenazas. Esta constancia irrita y enciende en cólera al gobernador, que desesperado de sacar partido, dice á Fructuoso: ¿Eres tú Obispo? Obispo soy, responde el Santo. Lo fuiste, responde el gobernador; y manda que luego sean quemados vivos los tres gloriosos campeones de la fé.

Tan ejetiva fué la sententia, que del pretorio los sacan ya para el suplicio; el anfiteatro se abre; el ángel de los combates ha tomado ya del altar del Dios de las victorias tres aureolas rojas como la púrpura, y desciende á la tierra para ceñir con ellas las sienas de los tres santos confesores. Pero ¿qué escucho? En las calles que conducen al anfiteatro oýese un ruido semejante al lejano rumor de un impetuoso torrente, y vá creciendo en grandes proporciones á medida que se acercan los objetos que á cierta distancia percibe la vista. Son los tres santos confesores, que se dirigen al lugar del martirio en medio de un pueblo inmenso. Hasta los mismos idólatras

derraman lágrimas de ternura, y claman: su sangre inocente se derrama sin causa. Solo los imperturbables mártires parecen insensibles; sus pechos no lanzan ni un suspiro; no se nota en sus movimientos la menor señal de debilidad; por el contrario, se ve pintado en sus semblantes el gozo que inunda sus corazones, y dan gracias al Señor porque los ha hallado dignos de padecer por él. La piedad de los fieles ofrece al venerable prelado un licor confortante, temiendo que su edad avanzada le hiciese sucumbir al cansancio; pero observantisimo de la abstinencia, lo rehusó por ser viernes y no haber llegado la hora de romper el ayuno, dando con esta accion un admirable ejemplo de la exactitud con que se observáran en aquellos siglos los preceptos de la Iglesia. Esto pasaba en el camino del anfiteatro. Encendida que fué la hoguera, aceróse á Fructuoso uno de sus lectores, llamado Angustal, rogándole con lágrimas en los ojos le permitiese quitarle el calzado; el Santo lo rehusó, y con todo el vigor que pudiera darle una robusta juventud, le dijo: No, hijo mío; bien puedo hacer yo por mi propio lo que tú te prestas á hacer; la idea de que ván á cumplirse para mí los designios eternos me inspira una fortaleza y un valor indecibles. Y habiéndose descalzado, un cristiano llamado Felix, estrechándole la mano con efusion filial, le suplicó que se acordase de él en su oracion; y el varon justo, levantando la voz de modo que pudiese ser oida por todos, dijo: que tenia en su mente á toda la Iglesia extendida desde el Oriente al Occidente. Respuesta que admiró S. Agustin, y que mereció sus más sublimes encomios en el sermon que pronunció en la festividad de nuestros insignes mártires. Asi hablaba, hermanos míos, aquel magnánimo prelado, en medio del espectáculo más horrible que pueda ofrecerse á las ojos del hombre. Tanta era su valentia al borde de una muerte cruel; tan inalterable era su fé á vista de los verdugos, que acababan de encender la hoguera donde iba á ser arrojado.

No habia aún pasado Fructuoso de la puerta del anfiteatro; y sintiendo acrecentarse su amor hácia los que habia alimentado con el puro néctar de las verdades evangélicas, fijó sus ojos al Cielo, y tuvo la dicha de leer en el libro de la Vida los futuros destinos de aquel su caro rebaño, á quien iba á dejar expuesto sin proteccion á merced del lobo devorador del Averno. Una súbita inspiracion derramó en su alma la más pura alegría; y dirigiéndose á los fieles que le rodeaban: «Consolaos, les dijo; yo os dejo, en verdad, porque el Señor me llama á sí por medio del martirio; pero jamás os faltarán pastores que os alimenten con los puros pastos de la verdad. En pós de mí se levantarán sucesores dignos de ocupar la silla que mi muer-

te deja vacante; ellos llevarán á cabo la grande obra que yo he comenzado. La Iglesia de Tarragona no dejará nunca de estar unida á la Madre comun de los predestinados, ni se apagará en ella la antorcha de la fé.» Dijo; y acompañado de sus gloriosos diáconos, sueltos y ligeros los piés, como quien vá á meterse en un deleitoso jardin, se contraron por medio de las llamas. Arrodilláronse, y quemando el fuego los cordales con que estaban sujetas sus manos, sin hacer lesion alguna en sus cuerpos, extendieron sus brazos en forma de cruz para ofrecerse en sacrificio al Señor. ¡Espectáculo edificante, que reflejaba el poder divino y encendia en los fieles el celo de la honra de Dios, y el deseo de morir en defensa de su fé! Patente se hizo en el espacio de tiempo que los mártires se conservaron sin lesion, que el Señor tenia poder para librarlos del tormento, si así fuera su voluntad; pero era llegada la hora de dejar el peso de la carne, vestir la inmortalidad, y entrar al goce de la eterna felicidad. Estaban probadas sus almas, y el Señor las halló dignas de sí. El ángel de los combates descendiendo, cifó sus sienes con el laurel de la victoria, y sus benditas almas, hendiendo los aires, penetran el espacio y vuelan á la region de la inmortalidad. Babilon y Migdonio, y la misma hija del gobernador, presenciaron el prodigio, y lo publicaron á grandes voces; los dioses del capitolio cayeron en descrédito, y por dó quiera no se oyeron sino las alabanzas de un héroe, á quien el Señor habia dado un valor sobrenatural para padecer por la fé; que supo conservarlo vigoroso hasta la vejez; que lo comunicó á sus dos santos diáconos; y que legó á sus descendientes un monumento de gloria, que no podrá destruir la mano devoradora del tiempo.

Hermanos míos, procuremos imitar las virtudes de estos santos confesores de la fé. Si para conservarla y defenderla fuese necesario derramar hasta la última gota de nuestra sangre, no nos seria lícito excusarlo. Y ¿qué suerte podríamos apeteecer más dichosa que morir entre las ruinas de los altares, y llevar con nosotros el depósito de una fé que se nos quisiera arrancar del corazon? ¡Ay de aquellas almas timidas y cobardes, á las cuales enmudece y ata las manos, cuando se trata de salir á la defensa de la religion, el respeto humano, el vil interés, la falsa prudencia, el temor del mundo! No es solo á los obispos y sacerdotes á quienes obliga la defensa de la religion; no son solamente los maestros y docteres los que deben manifestarse ejemplares de virtud; todos debemos edificarnos mutuamente. Acordémonos que somos hijos de mártires y de santos, y que estamos encargados de trasladar á nuestros descendientes el depósito

precioso de la fé que hemos recibido de nuestros padres. Acordémonos también, que la fé se pierde y se entibia mucho más por la debilidad y cobardía de sus defensores, que por el furor de sus enemigos. Procuremos, pues, á imitación de Fructuoso, Eulogio y Angurio, ilustrar á nuestras familias, á nuestros conocidos, á nuestro pueblo, al mundo todo, con una vida y una muerte ejemplar.

¡Gloriosos santos! Desde esas mansiones de eterna luz y descanso á que os abristeis la entrada con el martirio, no olvideis á los que gemimos en el destierro y estamos aún en la pelea. Alcanzados del Señor la fortaleza necesaria para despreciar las vanidades del mundo, los intereses y placeres caducos, el miedo, la condescendencia y debilidad, y para no temer los tormentos y contradicciones; hacéd que nuestra vida sea una luz que brille delante de todos, que inflame con sus ejemplos, y encienda á los demás en el amor de la virtud y en la práctica de las buenas obras, para que podamos un día cantar con vosotros las divinas alabanzas en el Cielo.

 PANEGÍRICO

 DE SAN FRUCTUOSO, ARZOBISPO DE BRAGA.

*Elongavi fugiens, et mansi in solitudine.
Me alejé huyendo, y permanecí en la soledad.*

(PSALM. LIV. 8.)

Triste es en verdad la condicion del hombre, basta echar una mirada atenta á la atmósfera, ya natural, ya moral, en que se respira, para conocer que una desgracia de origen, que un mal de nacimiento viene á sorprenderlo apenas sale del vientre de su madre, y no lo deja, ni lo suelta un instante hasta que lo encierra en el sepulcro. No nos alucinemos; á pesar de las bellas apariencias en que queremos ser mecidos y como aletargados, el mal es nuestro obligado compañero; mejor diré: nuestro inexorable verdugo. Acecha de continuo á nuestra dicha y á nuestro sér: acibara nuestros gustos, amarga nuestra existencia, y por fin, nos conduce al sepulcro.

¡Cómo! el hombre ha nacido para la sociedad; la sociedad ha sido instituida por Dios mismo para acoger al hombre en su seno; y sin embargo, la sociedad es una ocasion continua de mal para el hombre, y éste no ha de poder recibir de la sociedad sino el dón funesto del mal que lo pervierte! ¿Cómo es esto, repito, y quién, ó qué causa ha podido faltar así en su raíz los nobles instintos humanos, la providencial mision de la sociedad? Esto lo hizo el enemigo, el génio del mal, y lo hizo allá en los albores del mundo, cuando el hombre era todavía poseedor del Paraíso. Si, allí; al principio mismo de la existencia del género humano, en su fuente misma, fué viciada la naturaleza humana; y desde entónces viene esta série de males de que todos somos testigos á la vez que víctimas.

Desde entónces el mal se inoculó en la sangre del hombre, y toda la economía de la religion consiste en curar este mal original, en